

Formación Familias de Betania

2012, XXV Aniversario DCJM y Año de la fe

Con su carta apostólica *Porta fidei*, el Papa Benedicto XVI ha convocado el Año de la fe. Lo hizo el 11 de octubre de 2011, cuando se cumplían 49 años de la apertura del Concilio Vaticano II y los 19 años de la publicación del Catecismo de la Iglesia católica.

El año comenzará el 11 de octubre de 2012 y concluirá el 24 de noviembre de 2013 (Cristo Rey del Universo)

Año de la fe: 1967. Pablo VI. Aniversario de los 1900 años del martirio de Pedro y Pablo.

Importancia del ANIVERSARIO. Celebrar un aniversario: regresar al origen con la imaginación, para descubrir con gratitud que lo que nos hizo nacer sigue vivo. No es un regreso nostálgico al pasado. Como en familia: los aniversarios son memoriales que nos lanzan al del futuro.

“Puerta de la fe”. El origen de la expresión: expresión paulina

El papa nos invita a pensar en una PUERTA: la puerta de la fe que se le abrió a Pablo camino de Damasco y que él abrió a tantas personas y comunidades.

Bernabé y Pablo llegan a Antioquía: “reunieron a la Iglesia y se pusieron a contar todo **cuanto Dios había hecho juntamente con ellos** y cómo había abierto a los gentiles la puerta de la fe” (Hch 14, 27; 1 Co 16, 9: pues se me ha abierto una puerta grande y prometedora, y los enemigos son muchos; 2 Co 2, 12: llegué a Tróada para predicar el Evangelio de Cristo, y aun cuando se me había abierto una gran puerta en el Señor, mi espíritu no tuvo punto de reposo...; Col 4, 3: Orad a la vez también por nosotros, para que Dios nos abra una puerta a la Palabra y podamos anunciar el Misterio de Cristo, por el cual estoy encarcelado, para darlo a conocer anunciándolo como debo hacerlo).

La imagen paulina nos remite a Cristo, que se definió a sí mismo como la Puerta. Cristo es la Puerta. Jn 10, 9: **Yo soy la puerta**: si uno entra por mí, estará a salvo; entrará y saldrá y encontrará pasto.

Jesús es la Puerta: pero la puerta es siempre lugar de paso, de transición: Jesús es la Puerta del redil de la Iglesia: es la Puerta que nos lleva al encuentro con el Padre.

Se nos ha abierto una puerta por el Bautismo (1). Y se nos abre por la paternidad y la educación de los hijos – apostolado como familia (2).

1. El Bautismo, puerta de la fe

El Bautismo como encuentro con Cristo, que es la Puerta. La fe: ser cristiano es el encuentro con un acontecimiento, con una Persona que da un nuevo horizonte a la vida. Atravesar la puerta supone emprender un camino que dura toda la vida: del Bautismo hasta el paso de la muerte a la vida eterna.

El Bautismo como pertenencia a un pueblo: memoria agradecida. La pila bautismal tiene forma de útero materno. Redescubrir el don del Bautismo: la belleza y la alegría de ser cristianos (Es cuestión de grandeza, no de convicciones: de testimonio, no de argumentaciones).

2. La educación de nuestros padres: la puerta de la fe. Nos introducen en una historia de amor más grande

Hemos creído en el amor. No creemos en el Amor de Dios.

El DON DEL CREDO. Los primeros cristianos aprendían de memoria el Credo: era su oración cotidiana que les ayudaba a no olvidar el compromiso asumido en el Bautismo: La entrega del símbolo.

La entrega de la Escritura: pertenecemos a esta historia: ¡es la nuestra! Benedicto XVI escribe la prolongación de la carta a los hebreos: Por la fe, Abraham... Isaac, Moisés, Cristo...

Por la fe, María acogió la palabra del Ángel y creyó en el anuncio de que sería la Madre de Dios en la obediencia de su entrega (cf. *Lc 1, 38*). En la visita a Isabel entonó su canto de alabanza al Omnipotente por las maravillas que hace en quienes se encomiendan a Él (cf. *Lc 1, 46-55*). Con gozo y temblor dio a luz a su único hijo, manteniendo intacta su virginidad (cf. *Lc 2, 6-7*). Confiada en su esposo José, llevó a Jesús a Egipto para salvarlo de la persecución de Herodes (cf. *Mt 2, 13-15*). Con la misma fe siguió al Señor en su predicación y permaneció con él hasta el Calvario (cf. *Jn 19, 25-27*). Con fe, María saboreó los frutos de la resurrección de Jesús y, guardando todos los recuerdos en su corazón (cf. *Lc 2, 19.51*), los transmitió a los Doce, reunidos con ella en el Cenáculo para recibir el Espíritu Santo (cf. *Hch 1, 14; 2, 1-4*).

Por la fe, los Apóstoles dejaron todo para seguir al Maestro (cf. *Mt 10, 28*). Creyeron en las palabras con las que anunciaba el Reino de Dios, que está presente y se realiza en su persona (cf. *Lc 11, 20*). Vivieron en comunión de vida con Jesús, que los instruía con sus enseñanzas, dejándoles una nueva regla de vida por la que serían reconocidos como sus discípulos después de su muerte (cf. *Jn 13, 34-35*). Por la fe, fueron por el mundo entero, siguiendo el mandato de llevar el Evangelio a toda criatura (cf. *Mc 16, 15*) y, sin temor alguno, anunciaron a todos la alegría de la resurrección, de la que fueron testigos fieles.

Por la fe, los discípulos formaron la primera comunidad reunida en torno a la enseñanza de los Apóstoles, la oración y la celebración de la Eucaristía, poniendo en común todos sus bienes para atender las necesidades de los hermanos (cf. *Hch 2, 42-47*).

Por la fe, los mártires entregaron su vida como testimonio de la verdad del Evangelio, que los había transformado y hecho capaces de llegar hasta el mayor don del amor con el perdón de sus perseguidores.

Por la fe, hombres y mujeres han consagrado su vida a Cristo, dejando todo para vivir en la sencillez evangélica la obediencia, la pobreza y la castidad, signos concretos de la espera del Señor que no tarda en llegar. Por la fe, muchos cristianos han

promovido acciones en favor de la justicia, para hacer concreta la palabra del Señor, que ha venido a proclamar la liberación de los oprimidos y un año de gracia para todos (cf. *Lc 4, 18-19*).

Por la fe, hombres y mujeres **de toda edad**, cuyos nombres están escritos en el libro de la vida (cf. *Ap 7, 9; 13, 8*), han confesado a lo largo de los siglos la belleza de seguir al Señor Jesús allí donde se les llamaba a dar testimonio de su ser cristianos: en la familia, la profesión, la vida pública y el desempeño de los carismas y ministerios que se les confiaban.

También nosotros vivimos por la fe: para el reconocimiento vivo del Señor Jesús, presente en nuestras vidas y en la historia.

3. La familia y la misión de educar y el apostolado: puertas de la fe para otros.

La fe que actúa por el amor (Gal 5, 6): un nuevo criterio de pensamiento y de acción que cambia nuestra vida. La fe que camina por la caridad. La fe sin caridad no da fruto y la caridad sin fe es un mero sentimiento siempre a merced de la duda.

La caridad de Cristo nos urge. Los creyentes se fortalecen creyendo.

El compromiso misionero de los creyentes saca fuerza y vigor del descubrimiento cotidiano de su amor, que nunca puede faltar. La fe, en efecto, crece cuando se vive como experiencia de un amor que se recibe y se comunica como experiencia de gracia y gozo. Nos hace fecundos, porque ensancha el corazón en la esperanza y permite dar un testimonio fecundo: en efecto, abre el corazón y la mente de los que escuchan para acoger la invitación del Señor a aceptar su Palabra para ser sus discípulos. Como afirma san Agustín, los creyentes «se fortalecen creyendo».

La fe es creativa. La fantasía de la caridad. María es la Madre de Dios, Aquella que es feliz porque ha creído (*Lc 1, 45*).